

Esto nada tendria de notable si se tratase de calles diferentes. Todas las grandes ciudades se componen de barrios miserables y centros lujosísimos. Pero lo que llama aquí la atención es que sin salir de una sola calle pasais revista á todas las clases de la sociedad, á todos los estados de fortuna, á todas las capas de la multiforme poblacion parisiense, pareciéndoos que recorreis la historia de la fastuosa capital, que veis un cuadro sinóptico de sus progresos, ó que vais siguiendo la vida de un individuo nacido en la indigencia, que se eleva paso á paso al mayor grado de riqueza y poderío.

Pero hemos llegado al *hotel*.

IV.

París, metrópoli del mundo.—La plaza de la Concordia.

París, 1.º de setiembre de 1860.—(Copiado de mi cartera de viaje.)

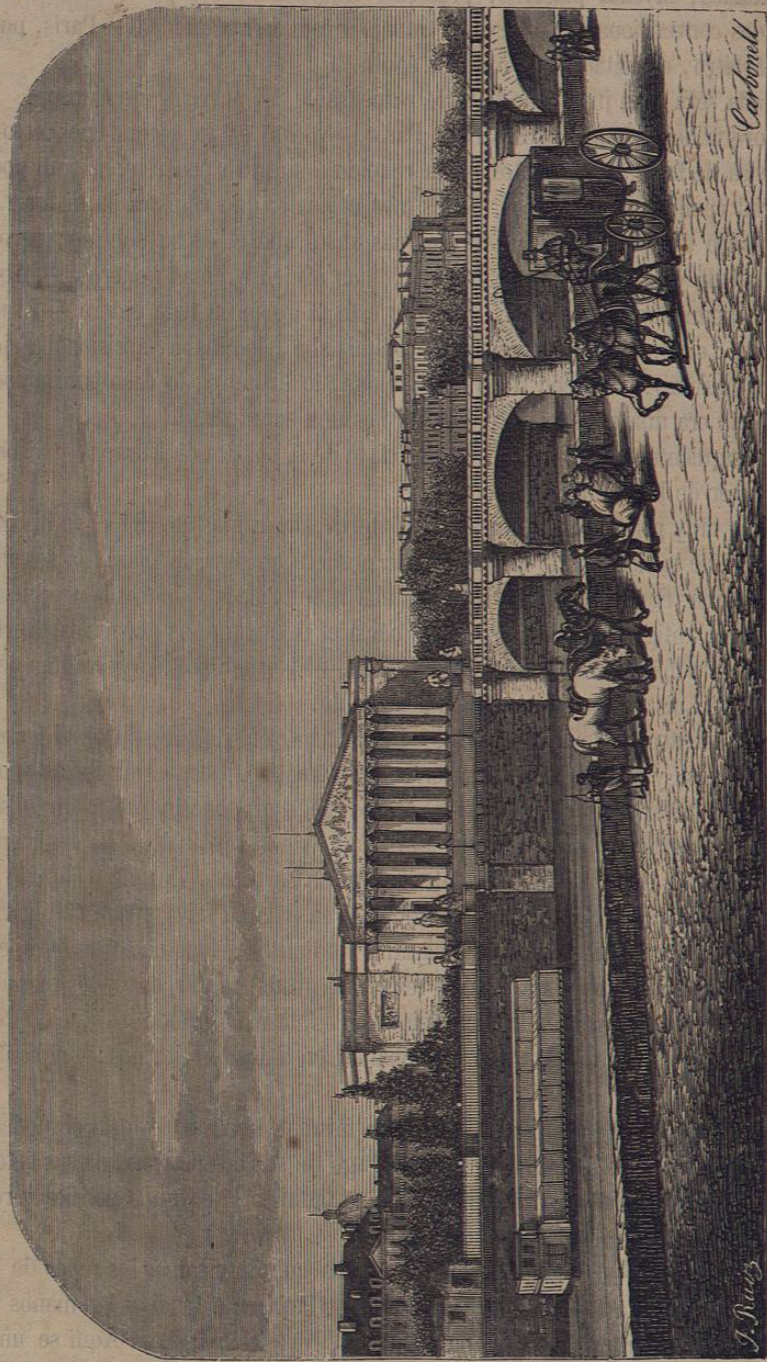
Suponiendo que la civilizacion es una gran pirámide que la humanidad ha levantado sobre la tierra, como en otro tiempo la torre de Babel (y perdonadme la vulgaridad de esta comparacion en gracia de su exactitud), podemos asegurar sin miedo de ser contradichos, que el lugar en que nos encontramos en este momento constituye la cúspide de esa pirámide, ó sea la suprema altura á que ha llegado nuestro siglo,—el mayor de los siglos... si no mienten los periódicos.

No: nadie lo negará.—Europa es la patria de la ciencia y del poder que hoy prevalecen en el planeta que habitamos: Francia es la cabeza de Europa: París es el cerebro de la Francia, y la *Plaza de la Concordia* es, como si dijéramos, el occipucio, la coronilla de París.—Nos hallamos, pues, lector amigo, en el *Chamalari* de los pueblos, en la escelsa cima, en el sumo vértice de la gran cordillera social,—cordillera en que España (repetido sea sin amargura), no se alza aun lo bastante (segun la última medicion inglesa), para ser clasificada entre las eminencias de primer órden.

Pero seamos circunspectos; que el sitio en que nos encontramos lo merece ciertamente.

Estamos, como quien dice, en el corazon de la sociedad humana, en su centro de vida, en el laboratorio de la historia contemporánea.—En torno nuestro se alzan los templos de los modernos dioses.—Estamos en la Babilonia, en la Atenas, en la Roma... bien pudiéramos decir tambien en el Escorial del siglo XIX.—París es hoy la metrópoli del universo, como lo fueron en otros dias las tres ciudades y el convento que acabo de citar.

Pekin y Lóndres son mas estensos y mas populosos que París. Pero no tienen su poder, su influencia, su fuerza de atraccion. París lo invade todo y todo se lo identifica. Es el modelo imitado por los mas remotos pueblos. Sus modas, sus costumbres y su literatura se infiltran lentamente en las cinco partes del mundo.



Cuerpo legislativo en París.

El español ó el turco que adopta los usos de Lóndres, por ejemplo, es un extravagante. El que adopta los de París es un hombre *comm'il faut*.—París se ha

3

impuesto al género humano. El hace y deshace reputaciones y figurines. El crea necesidades, inventa placeres, proscribire tradiciones, estirpa creencias, forja verdades convencionales, da leyes y trabajo á toda la humanidad.—París, pues, es el árbitro, el dictador de nuestra época.

Nada será mas justo que hacerle responsable del porvenir de Europa.

Porque no lo hemos dicho todo. París,—y esto es ya secundario; esto es solo cosa de hace algunos años,—ha reunido á su gran poder moral, un poder material (político y guerrero), de los mas colosales que registra la historia.—El imperio del primer Napoleon era mas vasto que el de su sobrino; pero la voluntad de este es mucho mas eficaz, mas eficiente, mas poderosa.—Aquel reinaba nominalmente en media Europa: este la gobierna toda entera.—El uno mandaba: el otro influye. Napoleon I conquistaba, dominaba, aprisionaba ejércitos y naciones: Napoleon III lo descompone, lo disuelve, lo desorganiza todo. El difunto era una violencia: su heredero es una enfermedad.

Consiguientemente, París es hoy la clave de la política de Europa, y dispone á su plácer de la paz del mundo.

Hace muy poco tiempo, Rusia é Inglaterra, las aliadas de 1815, se dividian el señorío de la tierra y de los mares. La primera era una amenaza, la segunda una garantía. San Petersburgo representaba la autoridad: Lóndres la revolucion. El derecho antiguo miraba atribulado hácia el palacio de los czares: la libertad perseguida ponía su esperanza en Vitte-hall.—El poder político y militar de la Francia de Luis Felipe era completamente nulo.

Hoy acontece todo lo contrario.—Francia ha vencido á Rusia en el terreno de las armas, y á Inglaterra en el terreno diplomático. Despues de Sebastopol y Villafranca, Napoleon ha absorbido ambos poderes, haciéndose á un mismo tiempo dispensador y árbitro de la autoridad y de la revolucion. La resistencia conservadora y la iniciativa disolvente residen en su mano. Lo que se hunde, él lo derriba: lo que subsiste, él lo mantiene. Una palabra suya puede cambiar en una hora la faz política, el estado social y los límites de las naciones europeas, y (lo que es mas grave) esa palabra temerosa puede hundir en un momento el edificio teocrático amasado durante veinte siglos, la mas grande institucion de la historia, el poder mas respetado y combatido en todos los tiempos;—el pontificado romano.

En París, por consiguiente, y en esta misma plaza, se levanta el moderno capitolio.—No es ya solamente el blando yugo de sus costumbres, de sus artes y de sus letras el que impone al universo, sino tambien la coyunda política y religiosa; la ley discrecional de las armas.

Y si no, ved.—De aquí parten los rayos que derriban á los reyes de sus tronos ó levantan á los pueblos de su tumba. Hácia aquí tendian las manos suplicantes los soberanos de Toscana, Módena, Nápoles y Parma. Aquí se ungió rey de Italia el belicoso duque de Saboya. Aquí se hace soñar al rey de Suecia con un imperio escandinavo, y al rey de Prusia con un imperio aleman. Aquí halló la salvacion la agonizante Turquía. Aquí se decretó la muerte del Austria

y se alentaron las esperanzas de la Hungría y de la Polonia. De aquí han salido los incansables soldados que hoy guerrean en la Cochinchina, los que turban el secular silencio del Celeste Imperio, los que ocupan á Roma y son el único baluarte del poder temporal de la Santa Sede, los que recorren la Siria en nombre de la humanidad y de la religion de Cristo, los que imperan en la Argelia desde el Mediterráneo hasta el desierto de Sahara; y esos soldados son los mismos que en diez años han apagado ó enterrado el mas grande incendio social que ha estallado en el mundo; los que vencieron á la Rusia en la Crimea; los que humillaron al Austria en Magenta y Solferino; los que inquietan y alarman á la soberbia Inglaterra; los que ayer vengaban un sangriento ultraje en la Arabia, y los que hoy aguarda Venecia para sacudir la esclavitud.

Digno y muy digno de admiracion y respeto es el pueblo fuerte y generoso que acomete tales empresas y que se eleva á tal grado de poder y de importancia. Los hechos tienen su valor en sí. Desentendámonos, pues, de la significacion y la trascendencia de todos esos actos, y confesemos que, en virtud de ellos, no puede uno menos de sentirse vivamente conmovido al penetrar en esta gran plaza monumental, que es, ni mas ni menos, el *palacio* de la Francia; el *estrado* de París; ó como decian nuestros mayores, el *salon de recibo* de la capital del mundo.

Describamos este salon, y quedarán justificadas todas las apreciaciones que llevamos hechas.

Si la *Plaza de la Concordia* no fuese el paraje principal del universo, por la importancia moral que acabamos de acordarle, todavia mereceria esa calificacion por su hermosura, por el lugar en que se halla situada, por las perspectivas que se alcanzan desde ella y por los recuerdos y consideraciones que traen al ánimo los monumentos que la decoran.

La *Plaza de la Concordia* no es asi como quiera un espacio de terreno, mayor ó menor, encerrado entre edificios mejores ó peores.—Es un vasto cuadrilongo demarcado con aceras, no con paredes, y rodeado de estatuas, en una inmensa planicie que muda de nombre muchas veces. Naturalmente, cuando yo hablo de la plaza, no solo me refiero á ella, sino á todo á lo que se alcanza á ver desde este sitio, ó sea desde el palacio de las Tullerías hasta el Arco de la Estrella, y desde el antiguo Eliseo hasta el Cuerpo Legislativo.

A la verdad es una soberbia perspectiva. Los árboles y una amplísima estension de cielo sirven de fondo á tan maravilloso cuadro. Los palacios y los monumentos mas gigantes sirven de menudos accesorios. El ancho Sena fluye á un lado tan modesto como un arroyo en una estensa pradera. Y la incesante y copiosa multitud que bulle á todas horas por tantas calles, paseos, muelles, puentes y jardines como se perciben desde aquí, aparece diminuta, esparcida y sin importancia en un espacio tan dilatado y en comparacion de los colosales ornamentos y enormes edificios que se ven por todas partes.

Pero descendamos á pormenores.

En medio de la *Plaza de la Concordia*, levántase, como decano y presiden-

te de tantas maravillas, un obelisco egipcio del tiempo de Sesostris, traído de Luxor, y erigido aquí por Luis Felipe.

Pero al llegar á este punto tenemos que interrumpirnos. La imaginacion acaba de desentenderse de lo actual para meditar en lo pasado.

Diremos, pues, que en el mismo lugar donde se levanta hoy este obelisco, se levantó por el espacio de veinte y nueve años una estatua de Luis XV, y que entonces la plaza llevaba el nombre de este rey.

Mas adelante, la estatua fue derribada y sustituida por la guillotina, que se enseñoreó aquí monumentalmente desde 1792 á 1794.

Entonces se llamó este sitio *Plaza de la Revolucion*.

Quitada de en medio la guillotina, quedó de pié una estatua de la *Libertad*. Napoleon I la derribó en 1800, llamando por primera vez á esta plaza, *Plaza de la Concordia*.

Pero á la entrada de los cosacos en 1815 aun debia de cambiar de nombre; y como entonces la Europa creia posible borrar hasta el recuerdo de todo lo hecho durante la revolucion francesa y volver á constituir el mundo bajo el régimen antiguo, reapareció el abolido azulejo en que se leia: *Plaza de Luis XV*.

Cárlos X, impulsado quizás por un presentimiento de lo que habia de sucederle, reconoció en cierto modo la historia de la revolucion, y puso en el azulejo: *Plaza de Luis XVI*.

Pero hé aquí que los franceses arrojan del trono al hermano del rey mártir, y Luis Felipe, restaurador de las tradiciones del imperio, restituye la denominacion de *Plaza de la Concordia*.

Ya hemos dicho que de entonces data el obelisco.

Pero nos resta decir que en 1848, el azulejo de Luis Felipe fue borrado, y se escribió en él nuevamente: *Plaza de la Revolucion*.

Hoy ha vuelto á llamarse y se llama todavia este paraje *Plaza de la Concordia*.

Con que ya veis si habia motivo para que yo interrumpiese mi descripcion al encontrarme al pié de este viejo monolito, en que se ven simbolizadas tantas edades, tantas dinastías, tantas revoluciones, tanta miseria y tanta sangre.

[Caso extraño!—Los franceses han rendido culto en este lugar al poder real y al poder revolucionario, al terror y á la libertad, á la gloria y á la desventura.

Hoy le rinden culto á un geroglífico indescifrable.

Puede, pues, decirse que la estatua de lo desconocido se levanta sobre París.

Así adoraban los atenienses un *Deo ignoto*, que debia con el tiempo échar por tierra todos los ídolos paganos.

Continuemos.

En los ángulos de la plaza hay ocho pabellones de piedra, coronados de estatuas colosales, que representan las principales ciudades de Francia.

Detrás de nosotros se estiende el magnífico jardin de las Tullerías, y en me-

dio de él se percibe el disforme y suntuoso palacio que acaba de ser reunido al Louvre.

Allí vive el emperador.

Al frente vemos dilatarse las alamedas de los *Campos Eliseos*; y donde estos concluyen, distinguimos el grandioso *Arco de la Estrella*, erigido en honor de las glorias militares de la república y del imperio.

Por aquel arco se sale al bosque de Bolonia.

El Bosque de Bolonia es, como si dijéramos, la *Fuente Castellana* de París.

Allí se puede pasar revista todas las tardes á la clase mas elegante del pueblo mas elegante del universo.

A nuestra izquierda tenemos el Sena, dominado por soberbios puentes, de los que divisamos desde aquí el de la *Concordia*, el de los *Inválidos*, el de *Alma* y el de *Solferino*; el Sena, por el que se deslizan vapores y barquichuelos, lleno de baños y escuelas de natacion, y poblado de una muchedumbre anfibia de lavanderas.

A la otra orilla se eleva el antiguo palacio Borbon, hoy *Cuerpo legislativo*, donde ha resonado la voz de tantos insignes oradores desde Robespierre á Victor Hugo, desde Perrier basta Julio Favre.

Mas lejos se ve asomar la cúpula de los *Inválidos*, bajo la cual duermen los restos del hombre mas extraordinario que ha cruzado por la tierra.

En la misma orilla se ve el palacio de la *Legion de Honor*, que es como quien dice, el ministerio de la gloria; de esa divinidad que es para los franceses casi tan indispensable como el dinero.

Del lado acá de los muelles, contemplo el *Palacio de la Industria*, donde se verificó la esposicion de 1855.

Yo no he olvidado todavia ni olvidaré nunca el asombro que me causó aquel titánico alarde que hizo la Francia de su produccion, de su laboriosidad, de su gracia y de su inventiva.—Yo miro, pues, este palacio con veneracion, y veo en él un nuevo motivo para creer reunidos en estos lugares todos los triunfos, todos los méritos, todas las prerogativas de esta gran nacion.

A la derecha se distinguen desde aquí el clásico templo de la *Magdalena*, concebido por Napoleon en un campo de batalla; el palacio del *Eliseo*, teatro de las liviandades de la regencia y cuna de los modernos Césares; los ministerios; el Circo Olímpico y un dédalo de jardines, fuentes, templetos y kioskos.

Tambien se divisan desde aquí las primeras arcadas de la monumental calle de Rivoli, que trae á la memoria el problema social de que fue empírica solucion, como lo están siendo todavia otras obras colosales de París.—Aludo al derecho al trabajo.

Véase, asimismo, el *Panorama* y el *Hipódromo*, los *cafés-conciertos*; el *Chalet* suizo; allá el *Chateau des Fleurs*; en frente *Mabille*, el lupanar público y el aire libre; en un lado el prestidigitador; en otro los mas raros juegos; aquí el tiro de carabina ó de pistola; allá el gabinete de fisica; por esta parte *Polichinela*; por aquella mil variantes de nuestro *Tio Vivo*; ora animales sabios; ora

charlatanes; ya el mercado de flores; ya el bazar estendido sobre el suelo, y do quiera músicas, gritos, cantos, declamacion, gimnasia; do quiera ciencia, movimiento, arte, vida, novedad; do quiera placer, do quiera encanto, do quiera fascinacion para el extranjero; do quiera París en su incontrastable omnipotencia.

Lo repetimos: la *Plaza de la Concordia* es el centro del mundo, la faz de nuestro siglo, el eje de la historia contemporánea, la última y suprema palabra de la civilizacion.

Ni en la tierra hay poder sobre el poder aquí representado, ni el genio del hombre ha inventado nada mas allá de lo que desde aquí se domina.

La obra de los siglos solo ha llegado á este punto.

Por aquí vamos, podemos decir rotundamente.

Las ciencias, la filosofia, las artes, la industria; ¡todas las fuerzas de la humanidad no han producido hasta hoy otro resultado!

Si la civilizacion perfecciona, aquí debemos de encontrar la mayor perfeccion posible.

La dignidad humana, el bienestar general, la paz, la comodidad, la ventura deben de tener aquí su asiento.

¡Esa muchedumbre que vaga en torno de estos alcázares y monumentos; esos seres que han tenido la fortuna de nacer ó vivir en la capital de la nacion mas próspera y adelantada, deben de ser los mas respetables, los mas felices, los mas gloriosos, los mas bienaventurados!

Estudiemos, pues, la condicion dichosa de ese pueblo, aunque solo sea para envidiarla.

Nosotros, miseros españoles, tan atrasados en la senda de la civilizacion, somos mirados aquí, con sobrada justicia, como unos africanos semi-salvajes.

Lo mas que se nos otorga es una insultante benevolencia, una curiosidad maravillada, ó una lastimosa compasion.

¡Desgraciados de nosotros!

Estudiemos, aprendamos á ser hombres civilizados, á ser mortales dignos, á ser grandes y dichosos.

Busquemos en el corazon de esa sociedad el mágico secreto que produce tantos beneficios y regalémoslo á nuestra pobre España, á fin de que en pocos dias consiga realizar su dorado sueño, su ardiente aspiracion, su irresistible deseo de pasar por una nueva Francia.

V.

Excursion al campo.—Mr. Iriarte.—La isla de Croissy.

Uno de mis primeros cuidados en París fue buscar á Mr. Iriarte, mi compañero de tienda en el llano de Tetuan, y cuyo lápiz ilustró mi *Diario de un testigo de la guerra de Africa*.

Parisien de nacimiento, consumado artista y buen amigo mio, mi antiguo camarada era para mí en la gran capital un tesoro inapreciable, puesto que encontraria en él un corazon afectuoso, un piloto que me guiase por entre los escollos de aquella sociedad y una gran inteligencia que esclareciese mis confusas observaciones.

Yo no le habia anunciado mi llegada. Quería sorprenderle. Dirigime, pues, á su casa una mañana muy temprano. Pero allí me dijeron que mi amigo se hallaba en el campo hacia un mes.—No vacilé un punto. Pedí las señas de su retiro, y resolví no parar hasta encontrarle.

Recien entrado en París, no sé por qué me halagaba volver á salir de él. Aquella frase «*está en el campo*» abrió ante mis ojos horizontes suaves y apacibles, y me hizo entrever parajes solitarios y costumbres inocentes, pareciéndome, en fin, muy natural que Mr. Iriarte, despues de pasar un año en Africa y en España, no se aviniera á la vida de París, y buscase con ansia la dulce y noble compañía de la madre naturaleza.

Por las señas que me dieron, mi amigo debia de encontrarse en un pueblecillo llamado Chatou, situado á dos leguas de París.

Eran quince minutos de viaje por el camino de hierro del Oeste.

La mañana estaba hermosa. Cada dos horas iba y venia un tren. Calculé estar de vuelta al mediodia, y emprendí la marcha resueltamente, como quien va á hacer una visita en la ciudad.

Nueve *sous* (unos catorce cuartos; fabulosa baratura) me costó el billete de primera clase de París á Chatou.

Por tan corta cantidad anduve dos leguas muy cómodamente, en compañía de señores condecorados, ya con el boton, ya con la cinta de la *Legion de Honor*, condecoracion que tienen hoy la cuarta parte de los franceses y que no dejan de ostentar ni un solo instante, á veces duplicada y hasta triplicada, segun las prendas que constituyen su vestido.

Venian tambien en el tren algunas damas graves y varias jóvenes modestas; pues ni la hora ni el dia eran de *traviatas*, segun demostraremos despues; y no sé por qué extravagancia de mi imaginacion, di en figurarme que todas aquellas gentes eran alcaldes y alcaldesas de los pueblos vecinos á París.

Por lo demás, cada uno de ellos y de ellas leia muy atentamente su indispensable periódico.

Yo no tenia periódico que leer; pero me solacé á mis anchas en examinar á mis compañeros de viaje y en inventarles historias y caracteres; contemplé arreobado el delicioso caserío de *Anières*, que se mira en las inmóviles aguas del canalizado Sena; saludé la poética aldea de Rueil, rodeada de antiguos árboles y asilo sepulcral de Josefina y de Hortensia, la abuela y la madre de Napoleón III; admiré la remota perspectiva de los bosques de San German, llenos de palacios y de quintas, entre las que me hicieron notar las agujas góticas de la de Montecristo, que visité mas tarde, y al fin eché pié á tierra al principio de una alameda frondosísima que me dijeron conducia á Chatou.